

Algunas consideraciones sobre El Caso el Hombre de las Ratas

Some considerations on The Case of the Rat Man

Alejandro Antagli

Correspondencia:
antagli@hotmail.com

Filiaciones Institucionales:
Universidad de Buenos Aires (UBA). Argentina

RESUMEN: A partir del historial clínico conocido como el caso del Hombre de las ratas, el presente trabajo intentará cumplir con un doble objetivo: por un lado, profundizar el análisis de las singularidades clínicas del sujeto en cuestión, para conseguir con ello, por otra parte, una mejor comprensión de la estructura psíquica a que su padecimiento rinde pertenencia.

A fuerza de conceptualizaciones originales, se planteará una hipótesis que no solamente aportará novedad a la corriente definición dinámica del tipo clínico, sino que permitirá valiosas consideraciones a la hora de emprender la práctica analítica.

El siguiente desafío intelectual mantendrá obediencia teórica a las cogitaciones Freudianas y Lacanianas respecto de la categoría nosológica explicitada en el caso, como también respecto del análisis comparativo que se realizará a porfía de una segunda estructura psíquica, contada también dentro de la familia de las neurosis, la cual bien podría considerarse como condición de deconstrucción teórica de la primera, principal interés de estas líneas

PALABRAS CLAVE: castración - falo - estructura - no - síntoma

Cómo citar:

Antagli, Alejandro (2023) Algunas consideraciones sobre El Caso del Hombre de las ratas en *Revista psicoanálisis en la universidad* N°7. Rosario, Argentina, UNR Editora. Páginas 109-130.

ISSN: 2683-9938 (en línea)



Licencia: Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Responsabilidad editorial:
Universidad Nacional de Rosario.
Argentina. Facultad de Psicología.

Recibido:

11 - 09 - 2021

Aceptado:

01 - 12 - 2022

Publicado:

25 - 05 - 2023

ABSTRACT: Based on the clinical history known as the case of the Rat Man, the present work will try to fulfill a double objective: on the one hand, to deepen the analysis of the clinical singularities of the subject in question, to achieve with it, on the other hand, a better understanding of the psychic structure to which his condition yields belonging.

By dint of original conceptualizations, a hypothesis will be proposed that will not only add newness to the current dynamic definition of the clinical type, but will also allow valuable considerations when undertaking analytical practice.

The following intellectual challenge will maintain theoretical obedience to the Freudian and Lacanian cogitations regarding the nosological category made explicit in the case, as well as regarding the comparative analysis that will be carried out as a result of a second psychic structure, also counted within the family of neuroses, which could well be considered as a condition of theoretical deconstruction of the first, the main interest of these lines

KEYWORDS: castration - phallus - structure - no - symptom

Si es que algún servicio nos rinde las introducciones, aprovecharemos su extensión para sumar la intención del presente esfuerzo. Diremos así que a pesar de la dedicación que la tradición analítica posterior a Freud-con especial hincapié en Lacan-consagró al análisis de la estructura bien llamada obsesiva, rebatiremos que la correcta clarificación del mecanismo que la vivifica dista aún de ofrecer un testimonio que permita reflexionar en profundidad su lóbrega natura.

Hechor de la matemática a cuya expensa húbese erigido el crisol de culturas que al mundo agobia; contable menesteroso de las arcas que la humanidad usufructúa para transitar el calculado sendero de la civilización, el obsesivo, denostado por el sombrero parietal de sus bajezas, apenas nos es reconocible en la dinámica soterrada bajo su miserable apariencia, amén de la detección de ciertos rasgos que identifican su vicio. Claro que, estas palabras deberemos de justificarlas en la lid de la intelección; para ello, gravitaremos nuestra industria en el invaluable recurso que la hoz del genio supo cosecharnos. Referimos aquí al historial que mejor consigue retratar la estructura que aquí pondremos en cuestión: Análisis de un caso de neurosis obsesiva, cuyo subtítulo encierra dentro del paréntesis el verdadero cognomen del sujeto clínico: El Hombre de las Ratas.

En algunas líneas de la obra, Freud alienta nuestra ambición al confesar: “todavía no he conseguido desentrañar sin residuo alguno la complicada estructura de un caso grave de neurosis obsesiva” (Freud, 1973, p. 1442) en tanto “ha de tenerse en cuenta que la comprensión de una neurosis obsesiva no es ciertamente nada fácil y desde luego mucho más difícil que la de un caso de histeria.” (Ídem.).

A partir de estas declaraciones obtendremos ánimo suficiente para iniciar nuestro cometido, el cual presentaremos como amigo de la claridad en tanto procurará “desentrañar” algo más el enrevesado circuito de la neurosis obsesiva. Así, declarado nuestro anhelo, incoaremos nuestra prerrogativa.

Previo a la exposición del caso, Freud principia con la observación de una cupla de rasgos respecto del paciente. Refiere que se trata de un sujeto “de cierta gravedad y cuyo tratamiento, prolongado a través de un año entero, consiguió reconstruir completamente la personalidad y suprimir las inhibiciones.” (Freud, 1973, p. 1441). Aquí, Freud nos ubica sobre la pista, no solo respecto de la duración del tratamiento, sino también sobre el tenor de los padecimientos del individuo y el-presunto-refluir de la terapéutica sobre la sintomatología.

Respecto de la presentación del paciente, comienza Freud desarrollando el caso del siguiente modo: “Un hombre joven, de formación universitaria, se presenta en mi consulta manifestando padecer representaciones obsesivas ya desde su infancia, pero con particular intensidad desde cuatro años atrás.” (Freud, 1973, p. 1441).

Comenzaremos aseverando que ya esta descripción encierra lo valioso del caso al desembozar la estructura que erige el edificio todo del padecimiento del sujeto. Entendemos así que la existencia del individuo se basaba en una “lucha contra sus ideas obsesivas” (Freud, 1973, p. 1442), potenciada por el “temor” (Ídem) que gobernaba la imposición de una serie de prohibiciones.

De momento, decidiremos no agotar dilucidaciones respecto de las figuras que

el síntoma anudaba en sus pretextos Imaginarios, como ser las efigies de “su madre y la dama de sus pensamientos” (Ídem), resignificándose este circunstancial desaire en el decurso de nuestra examinación; en su lugar, sí daremos una primera precisión de calidad consignando el “temor” como síntoma primus inter pares en la mórbida panoplia del consultante.

Para completar la descripción, Freud destaca en el hombre una “inteligencia despejada y penetrante” (Ídem), siendo esta una cualidad que, si atendemos a algunos de los historiales de mayor nombradía –verbigracia, Emily von R, Dora, Joven homosexual–, aquel atributo resulta una constante en la elección de los pacientes que Freud decidió historializar.

Mediato a la escueta presentación del sujeto, Freud expone los resultados de su incursión en lo que, como es consabido, consideraba la médula patológica de cualquier caso clínico: la sexualidad infantil; correría ésta facilitada por hallarse el individuo anoticiado de las teorías Freudianas –pese a haberle dedicado una mínima lectura–, siendo esta influencia lo que definió la calidad de sus primeras preferencias, las cuales tributaran excusa para comenzar a desplegar nuestras primeras destrezas intelectivas.

Al respecto, el consultante inicia revelando una serie de recuerdos pertinentes al amanecer de su sexualidad. Emerge así la memoria de quién fue su institutriz, una joven que le consentía cuando niño meterse “debajo de sus faldas (...) a condición de que no se lo contara a nadie” (Freud, 1973, p. 1444).

Eslabonado a este recuerdo, surge un segundo ligado a otra institutriz de la cual oyó decirle a otras mujeres que “Con el

pequeño sí se podría hacer, pero Pablo (el paciente) es muy torpe y seguramente no acertaría” (Ídem), concerniendo la cruel comparativa al sujeto y a su hermano. De esta segunda institutriz, el individuo añade que repetía las mismas libertades que la primera, al permitir al niño que la destapase y tocara.

Como conclusión de estas rememoraciones, el sujeto indica cómo sus primeras erecciones resultaban para él un problema, causándoles “cierto temor” (Ídem).

Irrefragablemente, nuestra inicial valoración respecto del mentado síntoma del temor alcanza aquí el rango de convicción, al ser encumbrado en el relato del paciente como sentimiento director de su vida, deyectando la compulsión entre la actualidad de la consulta y las infantiles escenas retratadas nuestro indeleble corolario. Ahora bien, respecto de estos extemporáneos episodios, ¿Qué común denominador hallamos entre los mismos? ¿Qué clase de conectividad cabría corresponderles con el declarado temor?

Podríamos iniciar la equipolencia entre las vivencias refiriendo que entrambos fragmentos son protagonizados por mujeres que consintieron saciar-con indudable crudeza-las endémicas curiosidades sexuales del joven investigador, sirviendo al niño como descarnados objetos para la dilección de sus intrigas.

Si bien, esta primera conclusión resultaría algo acertada, bien diremos que, por otra parte, adolece de cierta vacuidad al limitarse a arrojar un producto intelectualivo vacío de cualquier agudeza en tanto negligente cierto elemento que, por ausente, no deja de todos modos de revestir una presencia: la negativa de las mujeres a las infantiles apetencias.

Es decir, que las institutrices a su turno

hayan permitido al infante husmear en la reconditez de sus intimidades sin siquiera una sanción que palabrizara la lúbrica intención del investigador, abandonó al niño a una completa comunión con la Real plenitud corporal. Esto es, la feminidad como Pura por la exención del deseo.

Ahora bien, ¿A qué referimos con esta Pura feminidad? A no otra cosa que a la antípoda Real de aquella virtud Simbólica comprendida como castración, cuyo concurso en la sexualidad Lacan discernió mediante la precisa notación-*Fi*.

De este símbolo, diremos que su concepción resulta algo desusada como recurso teórico; por tanto, otorgaremos un mínimo discernimiento que prepare su concurrencia en nuestra labor.

Primeramente definida en el Seminario “El deseo y su interpretación” como “lo esencial de la marca en el hombre de su relación al Logos, es decir la castración (...) el objeto a del deseo, tal como él aparece en nuestra formulación del fantasma.” (Lacan, [1958-1959], p. 255), su formalización continua luego como “en el plano del deseo genital de la fase de la castración (...) el a minúscula es el A menos phi” (Lacan, [1960-1961], 2011, p. 251), sufriendo esta axiomatización una postrera reformulación al describir su hábitud con el objeto del deseo, siendo este “el objeto sustitutivo o metafórico, sobre algo que está escondido, a saber, menos phi, su propia castración imaginaria...” (Lacan, [1960-1961], 2011, p. 281), para culminar con la maduración del concepto-pasando sin modificaciones por el Seminario de la angustia-en el Seminario del acto, en que “el pequeño a (...) se separa del -*fi* (en símbolo), que al fin del análisis es idealmente la realización del sujeto” (Lacan, [1967-1968], p. 66), es decir “esa

realización, que es la de la castración” (Lacan, [1967-1968], p. 156).

De este modo, fácilmente se construye el silogismo en que si el análisis se trata de acercarse a la verdad-“el sentido sexual. Es decir, muy precisamente, el sentido no-sentido” (Lacan, [1973-1974], p. 24)-, aquella no puede más que saberse-genuino propósito del análisis-más que por una realización subjetiva que, mediante el acto, permita la asunción, la acepción de la castración. Por ello, -*fi* no puede más que resultar imprescindible elemento de este propósito.

Ahora bien, dicho esto parecería que desestimáramos aquí la prédica Lacaniana en que aquel reforzamiento subjetivo del -*fi* resulta como obtención del atravesamiento de la experiencia psicoanalítica; sin embargo, diremos que en ciertas estructuras-incluso, en ciertas singularidades-, la posibilidad de empleo del -*fi* como recurso subjetivo resulta más nítido que en otras. En el caso que nos ocupa, diremos que la incidencia de esta clase de la castración resulta nula por un defecto en el corte fundacional de su posibilidad.

Hablamos aquí del no-entiéndase como genitivo subjetivo y objetivo-como negativa que impide la incidencia de la falta por la hegemonía de la intransigencia con que fundamenta su esencia de pleno, en tanto isomorfa de la angustia, y que nominaremos como no absoluto, no(a). A este elemento lo reputaremos como un vicio de estructura que prodiga al sujeto una total indefensión frente a la castración; una miopía respecto de cualquier lectio del deseo.

Ahora bien, a las claras de esta aserción resulta evidente entonces que distinguimos dos variantes de la negación; la una, en consonancia con el deseo; la otra, trian-

gulada con las coordenadas de la angustia. Al respecto, es fuerza decir que esta clase de diferenciación no reviste novedad alguna sino un epigonal esfuerzo habilitado por la precedente audacia de Lacan, quién supo, por su parte, demediar al no en una doble progenie distinguida como “lo forclusivo y lo discordancial” (Lacan, [1958-1959], p. 57).

Ahora bien, ¿Adeuda este no(a) su engendro en la estructura del paciente a las reivindicadas escenas con las nocivas institutrices? De ningún modo. Aquellas nos prestan servicio privativamente como palmarias de la novedad teórica aquí desplegada; como trasuntos de los ideologemas con que pugnaremos por clarificar la conformación de lo que llamaremos como una (dis) capacidad Simbólica en el individuo. Al origen de esta precariedad lo emplazaremos en un pasado relativo a las primigenias relaciones del sujeto con el Otro materno, las cuales oportunamente revisaremos.

Ahora bien, para poder concordar nuestra incipiente hipótesis con la textura clínica del historial, inspeccionaremos el motivo de consulta del paciente, intitulado por Freud como “El gran temor obsesivo” (Freud, 1973, p. 1442). Así, el relato sitúa al sujeto realizando maniobras en el servicio militar, donde era reservista, representando este un período en que las ideas obsesivas, azote de su equilibrio emocional, “fueron desapareciendo” (Ídem). Diremos que aquél balsámico efecto del ambiente castrense no debió de corresponder a otra gracia que al cumplimiento de aquella máxima Freudiana, la cual aforiza que la cohesión de cualquier unidad militar gravita sobre la “ilusión de la presencia visible o invisible de un jefe” (Freud, 1973,

p. 2579), el cual encarna la investidura de ser “el padre que ama por igual a todos sus soldados, razón por la cual estos son camaradas unos de otros.” (Ídem). Así, la proclama del maestro encuentra sustento práctico en la aserción del paciente, el cual declara que, en aquel tiempo de servicio, le “interesaba demostrar a los oficiales que no sólo era uno un hombre de estudio, sino también un buen soldado capaz de resistir las fatigas de la vida militar.” (Freud, 1973, p. 1446), permitiendo la declaración discernir que por el ascendente de este fenómeno identificatorio es que el neurótico se comporta, generalmente, como un buen soldado, obediente de “la hora del Otro” (Lacan, [1958-1959], p. 228).

Empero, el punto de interés es el siguiente: durante un descanso en una marcha de rutina, el paciente narra que no solo extravió sus lentes sino que también compartió plática con otros oficiales, uno de los cuales emergerá como figura central de toda la dramaturgia: el capitán de apellido checo. Este individuo, que a nuestro héroe le “inspiraba cierto temor, pues se mostraba manifiestamente inclinado a la crueldad” (Freud, 1973, p. 1446), lanza la nefanda verba que desencadena la crisis toda: el insigne relato del castigo de las ratas.

Esta situación amerita que destaquemos algunas cuestiones. En primer lugar, arriesgaremos a afirmar que aquella explicación del capitán checo sobre la mencionada tortura, más que una intencionalidad didáctica procuraba apacentar la hierba con que nutria su estructura, esto es el pastizal de la angustia del Otro. De este modo, el capitán-de quién pocas dudas abrigamos respecto de su perversa esencialidad; el impudor con que expresaba sus crueldades delata un innegable

sadismo-consigue, mediante la obscena enuntiató, bocetar la siniestra esbeltez de lo que nominaremos como un Puro Imaginario. Así, la obscura incidencia de la angustia no hizo no otra cosa que desanudar el benevolente fantasma-cuya ingeniería respondía al paternal amor de la Otridad militar-que constreñía al paciente dentro de los límites de la seguridad que promueve la identificación.

Luego de esta nefasta jornada, sucede lo que podríamos reconocer como una escena consecutiva dentro del mismo acto: “Al día siguiente, el mismo capitán le entregó un paquete postal y le dijo: «El teniente A. ha pagado por ti reembolso. Tienes que darle el dinero»” (Freud, 1973, p. 1447). A lo que el capitán refería era al envío de los nuevos anteojos que el joven había pedido, por telégrafo a Viena, para reemplazar los extraviados.

Lo que aquí nos interesa no consiste en el mero aviso del capitán, quién halló oportunidad de renovar su invasiva actitud mediante el imperativo (“Tienes que darle el dinero”), sino la inicial respuesta que el sujeto, digamos, deseó con su pensamiento: “No devolveré el dinero” (Ídem).

Así, esta grave asunción de una posición subjetiva, que con firmeza de carácter eleva su negativa a someterse a la exigencia, será lo que desenlazará la consecuente explosión sintomática, célebre por su encumbramiento como modélico del padecer obsesivo. Hablamos de la instauración del imperativo “Tienes que devolver las 3,80 coronas al teniente A.” (Ídem) cuya dignidad corresponde a lo que, a propósito de la posterior escena en que el paciente devuelve al camino la piedra extraída, se reconoce como segundo tiempo del síntoma.

A partir de este material, y para poder ordenar las intelecciones, precisaremos lo

siguiente: luego de la siniestra experiencia verbalizada por el capitán, lo que nuestro héroe sufre se sintetiza como una serie de anudamientos que sintomáticamente ortopedizan el agujero que las inefables palabras, cuales inmundos roedores, concitaron en su realidad, evidenciando así lamentada (dis) capacidad Simbólica del sujeto, responsable del fracaso de su asunción subjetiva (“No devolveré el dinero”) en el plano del deseo.

Ahora bien, luego de fracasar el subterfugio de emplear a otro oficial con la encomienda de saldar la deuda con el teniente A, nuestro héroe descubre que todo aquello no había sido más que una especie de artimaña del capitán sádico, dado que el oficial en cuestión se desentendió por completo de la generosidad asignada, derivando la posibilidad de tal gesto a otro teniente, de seudónimo B. Empero, al ser esta develación acaecida en el marco de la disparatada tempestad de pensamientos del sujeto, no consigue aquella mayor efecto que el de proliferar en nuevas fantasías, como la posibilidad de presentarse con ambos oficiales en Correos y realizar una suerte de pasamano con el monto adeudado. Dada la relevancia de este segmento, será en esta coordenada de la marejada del historial que echaremos las áncoras, deteniendo así nuestra navegación para repasar la cartografía que nos guía.

Es hecho que esta clase de rumiantes fantasías, insensatas por antonomasia y de gran preeminencia en cierto tipo de casos, son aceptadas como regulares en las neurosis obsesivas. Al respecto, pronunciaremos que gran parte del responso de esta naturalización hubo recaído en el presente historial. Por nuestra parte, y con la venia de la experiencia clínica de cualquier analista que húbese enfrentado a esta clase

de sujetos, diremos que el caso que aquí analizamos dista algunas verbas del arquetipo de una neurosis obsesiva regular. Aquello, Freud lo alude en los albores de la presentación de la casuística, como hemos destacado.

Incluso, aumentaremos la apuesta al afirmar que nuestro protagonista de ningún modo podría encuadrarse dentro de la categoría psíquica que consuetudinariamente se le asigna. Porque el paciente en cuestión, el insigne Hombre de las Ratas, solo puede corresponder su patológica esencia, el basilisco de su tormento, a otra calaña del conglomerado de las neurosis: hablamos aquí de la estructura rotulada como fobia, la cual verdaderamente procuraremos ahora desentrañar.

Claro que, difícilmente esta pequeña revolución nosológica no solivianta el clamor de la polémica. Por tanto, menester es que sustentemos su peso con una sólida contra argumentación.

Preliminarmente, diremos que cuando en nuestro prolegómeno constatamos con certitud que avanzaríamos nuestra dilucidación sobre un caso de neurosis obsesiva, de ninguna manera procurábamos engañar el declarado derrotero. Por el contrario, la anatema del caso en cuestión libra de ambigüedades a la estructura obsesiva: además, resultaría imposible emprender cualquier clarificación de la estructura fóbica prescindiendo de comparaciones con su nosografía hermana, la cual mantendremos presente en nuestro recorrido. Por tanto, nuestra subversión en modo alguno troca sustancialmente el confesado cometido.

Ahora bien, si es cierto que la clave de toda nuestra rebelión teórica gravita en una serie de factum clínicos, huelga definir cierto herramental teorético que nos per-

mita embarcarnos en la novedad.

Pretéritamente, hubimos mencionado la prevalencia en la estructura del paciente de una versión de la negación que hemos prenombrado como no absoluto, a su vez distinguida de la gama comprendida como la negativa que armoniza con el deseo. Sobre esta última, añadiremos que se trata de una negativa que adquiere función de falta a partir de la ley, esto es, a partir de la interdicción.

Si bien, hubimos identificado la propiedad de la primera clase de la negación al adjetivarla como una negación absoluta, en el sentido que, digamos, la falta, falta, y cuya operatoria trasuntamos en las escenificaciones en que las institutrices permitieron realizar al niño la perversa polimorfa investigación sexual de sus cuerpos, resta ahondar algunas explicaciones. Porque ¿No resulta paradójico definir el absoluto permiso de las mujeres a la bigarda exploración del niño como un no absoluto? Es decir, ¿No resultaría aquel permiso total un pleno consentimiento de su “deseo”?

Contestaremos que no hallamos aquí aporía alguna. Y esto, ostensible resulta con solo rendir acatamiento a nuestra inicial definición, en la cual consignamos a esta negativa no otro dominio que la hegemónica anulación del deseo. Si aquellas pueriles exploraciones respondían a un deseo, como Freud asume, añadiremos que su incipiente puesta en función jamás alcanzó el teatro de la castración, permaneciendo así en el proscenio de la Pura sexualidad, sin un corifeo que sancionara la prosa de aquella propensión. Y, por regla, todo destrato del deseo implica un rechazo del falo mismo.

Ahora bien, ¿Hablamos aquí del falo en la mera función que la mixtura entre Simbólico e Imaginario ofrenda como FI?

En absoluto. Difícilmente, dudemos de su concurso en la estructura que examinamos, por la razón que sobre su operatoria se fundamenta el parapeto fóbico. La desgracia mecánica; el defectum estructural estriba en la vertiente fálica que reniega acuerdo con la juntura en que muellemente reposan los sentidos fantasmáticos. Aludimos entonces al verdadero estandarte de la segunda vertiente de la negativa y que ahora nombraremos como no inclusivo, siendo su símbolo de $-fi$ la oriflama que las infantiles indagaciones debajo de las faldas de la decencia procuraban y cuya dignidad hubiese ganado la curiosidad infantil de haber sido colmada con una prohibición a su intemperancia.

Ahora bien, ¿Dónde radica la virtud o vicio en la conformación del instrumento de la castración? Al referirnos antes al caso clínico le asignamos un origen remoto, materno. Ahora, ampliaremos este aserto situando con mayor precisión su opción de conformación en el initium del sujeto, es decir, en la trina relación con el Otro, conocida como complejo de Edipo.

Diremos, *ex hypothesi*, que el fraguado del armamento fálico, el $-fi$, depende principalmente de la capacidad de la mujer en establecerse como bisagra unitiva entre los términos edípicos al estibar su deseo proporcionalmente entre padre e hijo. De esta manera, la constitución del $-fi$, en tanto borromeización, resulta de una progresión dialéctica entre la trinidad de componentes. Así, la castración se presenta como una síntesis del proceso, encarnada por la rivalidad edípica entre padre e hijo.

Ahora bien, en los tipos clínicos en que esta metaforización se constituye exitosamente, el producto no es otro que una neurosis obsesiva común, corriente e insoportable; en los casos fallidos, es decir, en

que el deseo de la madre remite absolutamente al padre como objeto de su apatencia-en el amplio sentido del término-, rechazando en esta predilección al hijo, no quizás en tanto instrumento genérico para la concreción de su “ideal de maternidad”, sino como falo incondicional de su deseo, hallamos resultados tales como el de nuestro héroe.

De esta manera, el bifásico anudamiento experimentado en el corazón del Otro entre ambos términos parentales abandona al niño, en tanto sujeto, sin la defensión que el $-fi$ asegura, frente al padre gozador de la mujer; esto es, frente a la Pura Imagen paterna.

Esta construcción teórica, mera hipótesis que procura enseñorear alguna coherencia que explique las vernáculos particularidades de la fobia, consigue a su vez, como producto aleatorio, refrendar cierta virtud ingénita de la neurosis obsesiva, poco considerada por sus detractores. Esto es: a pesar de sus limitaciones subjetivas, la estructura obsesiva cuenta con el favor supremo del deseo materno. Con esta deducción nos daremos por satisfechos de haber conseguido aportar, al menos colateralmente, lumínicas palabras respecto de la estructura obsesiva, cumpliendo así con nuestra promesa.

Ahora bien, acabamos de referenciar la genitura de la capacidad-o (dis)capacidad-dialéctica del deseo en el Otro materno. Plausiblemente, este aforismo proponga una lógica respuesta al hecho que, prácticamente, el historial carece de información respecto de la madre del paciente; empero, más allá de esta inopia, nos dedicaremos a sonsacar algún provecho de las exiguas referencias que la indiferencia del paciente no pudo evitar olvidar en algunas

líneas compartidas a Freud, con la ilusión de poder extraer algunas significancias que admitan una mejor articulación con nuestras excogitaciones.

Comenzaremos recordando que Freud inaugura el segmento del historial que corresponde a la presentación del paciente con la observación de que el hombre declaraba como síntoma el “temor” (Freud, 1973, p. 1442) que a su madre le sucediera algo, asociando aquello a “impulsos obsesivos, tales como el de cortarse el cuello” (Ídem) y a la auto imposición de “prohibiciones” (Ídem). Si bien, Freud retacea mayores comentarios al respecto, obtenemos un primer dato sobre cierta relatividad de los temores del paciente, es decir, su fobia, con la figura materna.

Sumamos a este discernimiento la mencionada situación en que el sujeto, de niño, quéjose con la madre de sus erecciones. Desafortunadamente, el historial descuenta la clase de réplica que el sujeto obtuvo de su madre-si es que hubo alguna digna de mencionar-; posiblemente, el silencio se deba a que los minúsculos recuerdos del paciente respecto del discurso materno la alinearan con un certero desinterés por sus infantiles vivencias, refrendando esta presunción aquella situación en que la madre demuestra escaso recuerdo sobre cierto “castigo por haber mordido a alguien” (Freud, 1973, p. 1466).

A esta inconexión sentimental de la madre con su hijo la apreciamos también en la negativa de la mujer a la hora de compartir sus presumibles sensaciones respecto del deceso de su marido, el “análogo reproche” (Freud, 1973, p. 1450) que el paciente suponía podría concederles una empática comunión.

Sin embargo, la más preeminente de las contadas evidencias sobre la gelidez ma-

terna la obtenemos a partir de la narración que su hijo obsequia respecto de su historia marital. Sabemos entonces que la madre “había sido educada en casa de un lejano pariente suyo, propietario de una importante empresa industrial.” (Freud, 1973, p. 1462), y que el padre, al casarse con ella “entró al servicio de aquella empresa y su matrimonio le procuró así una posición desahogada” (Ídem). Es decir, en la literatura del paciente sobre la novela familiar, la madre se erige como una especie de redentora socioeconómica del padre; algo así como una empleadora-habilitando aquí toda polivalencia del adjetivo-.

Este detalle histórico no pareció materia de escándalo en el paciente sino hasta años más tarde, cuando nuestro héroe “averiguó que su padre había hecho primeramente la corte a una preciosa muchacha de familia modesta, tiempo antes de conocer a su madre” (Ídem), dado que este conocimiento lo anotició que su madre se había propuesto replicar a su “empleo” al proponerlo en matrimonio a la hija de un primo suyo.

¿Qué mayor evidencia respecto del irremisible desprecio de esta mujer por el deseo, que no solo resignó el de su marido, hombre de innegable “amor a la verdad” (Freud, 1973, p. 1463), sino que proyectó repetir el menosprecio con su hijo, quién debiose por ello entrar en conflicto con su fidelidad por la mujer que amaba?

Diremos que este punto adquiere mayúscula consistencia porque, amén que no prestemos consenso con la lectio Freudiana respecto de un conflicto “entre su amor y la voluntad del padre” (Ídem), si debemos reconocer el aguzado ojo de Freud para destacar aquí el inicio de la “enfermedad” (Ídem).

Sin embargo, si lo que anhelamos es

acrecentar claror respecto del mítico origen de la estructura fóbica, nos veremos en la necesidad de abreviar el agua de otros cántaros. Por tanto, ¿Qué tan desacertada podría resultar una breve digresión por el historial al que el mismo maestro unció con su pluma como referente de la condición neurótica que aquí interesa?

En el Análisis de la fobia de un niño de cinco años, Freud presenta el historial clínico de un pequeño que si bien no tuvo la gracia de ser su paciente directo, obtuvo la bendición de su observación. Se trata de Juanito, un niño que sufría de todos los caracteres sintomáticos que el inventario fóbico comporta.

Sin embargo, previo a embarcarnos en la espesura del nuevo historial, resulta imprescindible que realicemos algunas aclaraciones preliminares. En primera medida, las postreras intelecciones que Lacan confiere respecto de la fobia, entendida como una “placa giratoria” (Lacan, 2013, [1968-1969], p. 280) ubicua en toda estructura fácilmente pondrían en cuestión la calidad biunívoca de la relación entre el caso clínico y la estructura en cuestión. Por nuestra parte, nos despegaremos de aquél aserto-más no de aquél otro que axiomatiza que “la verdadera función de la fobia (...) es sustituir el objeto de la angustia por un significante que atemoriza” (Ídem)-, declarando entonces que Juanito triunfaba su padecimiento en virtud de una estructura definida y no de una circunstancia evolutiva común.

En segunda medida, profesaremos que nuestro interés radica en ciertos pasajes de la presentación clínica, desbastando así toda intención de consagrar un opúsculo sobre el historial del niño; por tanto, a ello limitaremos nuestra intelección.

Principiaremos reconociendo algunas particularidades del caso que comparten equivalencia con la realidad de nuestro héroe. Por ejemplo, Freud nos dice que “La indudable curiosidad sexual de Juanito hace de él un pequeño investigador, permitiéndole descubrimientos conceptuales exactos.” (Freud, 1973, p. 1367); luego, nos informa que Juanito presenta una “inteligencia verdaderamente superior” (Freud, 1973, p. 1385), patente en reiteradas respuestas del niño, como aquella en que sorprende a su padre al explicarle que “querer” no es “hacer” y “hacer” no es “querer” (Freud, 1973, p. 1378).

Ahora bien, a diferencia del historial que originalmente nos convoca, al tratarse de una observación consumada por el padre del niño, debemos reconocer que abundan en las líneas del caso elementos que sobrepujan la intencionalidad discursiva del protagonista, como ser la relación con sus progenitores, cosa que, de igual manera, sabremos aprovechar.

Del padre, podemos afirmar que se trataba de un hombre que realmente quería a su hijo. Disímilmente de lo que el prejuicio recomendaría conceptualizar, a saber, que tratabase de un hombre que, en transferencia con Freud-y por ende, con el psicoanálisis-, compartía anotaciones basadas en frías observaciones sobre el comportamiento de su hijo, la realidad el historial retrata a un hombre que por el padecimiento de su hijo tenía una “comprensible preocupación” (Freud, 1973, p. 1374).

Por tanto, resulta arduo admitir algunas de las juiciosas interpretaciones de Freud, como aquella que obsequia al niño en ocasión de su único encuentro donde le informa que “le tenía miedo a su padre precisamente por lo mucho que él quería a su madre” (Freud, 1973, p. 1384), anulando

do en aquella lectura la amorosa complicidad que unía al padre con el hijo, como asiduo compañero de toda “proeza ilícita” (Ídem) fantaseada por el niño; padre al cual supo reconocerle que “Cuando no estoy contigo, me da miedo” (Freud, 1973, p. 1385), reprochándole luego su creencia en el desvío Freudiano al espetarle “¿Por qué me has dicho que quiero mucho a mamá, y que por eso te tengo miedo, si te quiero?” (Ídem).

Respecto de la madre, el historial demuestra feraz evidencia de su influjo en la vida del niño, lo cual nos permitirá construir la relación entre ambos como centrada, gravitada sobre el operador que hemos prenombrado no (a).

Un primer fragmento palmario de la funcionalidad de esta clase de la negación estriba en la célebre respuesta con que la mujer rechaza su propia condición femenina al contestar al hijo que ella “Naturalmente” (Freud, 1973, p. 1366) tiene un pene. De este modo, la madre no solo reniega del órgano de la feminidad, obstruyendo así la introducción del niño en la diferenciación entre los sexos, es decir, la castración, sino que, al revestir el niño la condición de un “pequeño investigador, permitiéndole descubrimientos conceptuales exactos” (Freud, 1973, p. 1367), es decir, de un lógico que sin dificultad pudo haber combinado los silogismos en que, por ejemplo, si su madre es femenina, al igual que otras niñas, como su hermanita, de quién “dice con acento compasivo: “Tiene una cosita muy chiquituca”” (Freud, 1973, p. 1369), delatando aquellas piadosas palabras un esbozo de entendimiento de la diferencia sexual, la conclusión obtenida a partir de la respuesta materna, por discordante con las premisas, bien pudo haberlo percatado del rechazo

materno por intermedio de la mentira. De esta manera, aquél desprecio por su curiosidad, grávida de deseo, implica el rechazo de su pene como instrumento, dado que, de haber respondido la madre con la verdad-no en un sentido anatómico necesariamente, pero si respecto de la dialéctica a que el niño la convidaba participar-, es decir, que ella tenía vagina, se hubiese completado la ecuación del siguiente modo: si yo mujer, tengo una vagina, tu, hombre, tienes un pene, quedando el instrumento sancionado y aceptado en el deseo materno.

Ahora bien, al efecto del rechazo materno lo detectamos en un consecuente sueño: “Juanito (...) se levanta hoy llorando. Interrogado por su madre sobre las causas de su llanto, responde: “Mientras dormía he pensado que te habías ido y que no tenía ya una mamá que me acariciase”” (Freud, 1973, p. 1374). Al respecto, Freud indica esta experiencia onírica como un sueño de angustia, apreciación esta que no rebatiremos e incluso más diremos: aquella angustia solo pudo responder a la total falta de una falta, equivalente al absoluto rechazo materno del deseo. Sin embargo, contando con los recursos de la neurosis, Juanito resuelve la pesadilla del nihil maternal anudando una retahíla de fantasías oraculares, como ser: ““Cuando no tenga ya mamá”, “Si mamá se marcha...”” (Ídem), domesticando así al terrorífico desprecio materno a la manera de una prosa que, suscitando temores, consigue suturar el vacío con el sentido que el fantasma permite.

En pertinencia con esta línea de la dilucidación, Freud adiciona un comentario que difícilmente podamos obviar. Así, a propósito de un paseo, formula lo siguiente: “Va al lado de su madre, y sin embargo,

tiene angustia; esto es, deseo insatisfecho de ella” (Freud, 1973, p. 1376). Ahora bien, ¿Qué relación podemos encontrar entre el “deseo insatisfecho de ella” y la angustia fóbica del niño? ¿Sería muy apresurado el indicar la insatisfacción de la madre como una clara metonimia de la repulsa respecto del deseo de su hijo, la cual reafirmaría la insuficiencia del niño como elemento fálico?

Si bien, la numeración de ocasiones en que la madre engalana su desprecio por la hipóstasis deseante de Juanito podría continuarse, como ser toda la serie de comentarios del niño con que propala truismos tales como “Mamá me ha dicho que se iría y no volvería” (Freud, 1973, p. 1385), o de la propia mujer, como cuando amenaza a su hijo que mandaría “al doctor A. para que te corte la cosita” (Freud, 1973, p. 1366), aquello no haría más que redundar el punto que hemos demostrado. Por tanto, para cumplimentar con nuestra promesa de educir el mecanismo gobernante de la estructura analizada, daremos un paso más a partir del objeto fóbigeno del caso.

Diremos al respecto que el caballo adquiere su propiedad sintomática al corporificar, como representación, aquello que hemos nominado como Puro Imaginario. Esta distinción de niveles encierra los componentes sustanciales que acabamos de reconocer en la prédica Lacaniana, a saber, por un lado, el “significante que atemoriza” y por el otro el “el objeto de la angustia”.

En el primer elemento reconoceremos el parapeto sintomático, “el caballo (...) en su relación con cierto número de otros elementos igualmente significantes” (Lacan, 2012, [1956-1957], p. 277). Respeto del objeto de la angustia, ampliaremos la información consignando que se trata de

una imagen del horror, impensable, inconcebible en el ábaco de los sentidos por pertenecer a una estirpe de objetos anicónicos que pone en duda la realitas significativa. Hablamos de la ex – sistencia que quiebra la tabla de leyes fantasmáticas en su pugna por existir. Así, no nos resulta ajeno el congraciarse al objeto Real de la fobia con la llamada “irrupción del pene real” (Lacan, 2012, [1956-1957], p. 278), como genuino significado de la defectuosidad en la puesta en juego de la castración, es decir el –fi. En esto radica el e“píto”me de la fobia.

Ahora bien, definidas las piezas conceptuales que estructuran la fobia, procederemos a pesquisar su dinámica en las – se quiere-asociaciones del niño.

Respecto del significante del caballo, resulta interesante el siguiente comentario que Juanito realiza a su padre: “nunca le he visto la cosita a un animal grande” (Freud, 1973, p. 1380). Claro, es de lamentar que la palabra de Juanito fuese aquí obliterada, primero por el padre, quién discute al hijo haber visto la cosita del caballo; luego, por el propio Freud, quién añade al final de la declaratoria una nota en que consigna la confesión del niño como mentirosa. Por nuestra parte, diremos que el niño bien pudo haber visto los genitales del animal, solo que, posiblemente, aquellos carecían de la simbolización fálica que tapujaría la esencia Puramente Imaginaria del objeto.

Sin embargo, no será aquí que localicemos la incidencia del vacío como objeto de la fobia. Es decir, la Pura Imagen fóbigena prorrumpo, no en los genitales reales del caballo, sino en aquella “cosa así negra” (Freud, 1973, p. 1388). Con decisión, afirmaremos que allí y no en otro sitio radica el argumento de la angustia, el prístino va-

cío del pene Real jamás efectivizado por la simbolización del –fi.

Ahora bien, para no olvidar el paralelismo emprendido entre los casos clínicos, diremos que, respecto de nuestro héroe, la emergencia Puramente Imaginaria se localiza en la imagen de las ratas que verbaliza el sádico refocilo del capitán cruel. De esta manera, las ratas y la cosa negra demuestran la falla que (des) ordena a la estructura fóbica.

Ahora bien, respecto del sujeto Juanito cabe destacar no solamente la capacidad asociativa del niño sino también el aguzado oído del padre, el cual, en contradicción con su anterior sordera, consiguió en esta ocasión sensibilizar su escucha en dirección a la problemática de su hijo. A diferencia de Lacan, quién pese a destacar “esa mancha negra delante de la boca del caballo” (Lacan, 2012, [1956-1957], p. 246) no le ameritó a aquello mayor relevancia, el padre del niño sí decidió ahondar el verdadero sentido del inefable ícono.

Es así como aquella “cosa negra” gana protagonismo en las pláticas con su hijo y al día siguiente de la primera-y única-epifanía del objeto en la dicción del niño, el padre decide retomar su ocurrencia: “Por la tarde salgo con Juanito delante de la casa. Cada vez que pasa un caballo le pregunto si tiene en la boca aquella “cosa negra” que tanto le asustaba antes. Me responde siempre negativamente. Le pido que me describa cómo era aquella cosa. Dice que era un hierro negro. No se confirma, pues, mi primera hipótesis que se trataba de una correa de la cabezada. Le pregunto si aquello “negro” le recordaba un bigote. Contesta: “solo por el color”- No sé aún, por tanto, qué pueda ser.” (Freud, 1973, p. 1390).

Al día siguiente: “Vuelvo a preguntarle cómo es aquella “cosa negra” que los caballos tienen en la boca. Me dice: “Como un bozal”. Lo extraño es que desde hace tres días no hemos visto ningún caballo en el que haya podido señalarme aquel “bozal”. Sigo suponiendo que una parte de la cabezada...” (Ídem).

Es así como atestiguamos los intentos del padre por engastar el verdadero significado de la Imagen fobígena en alguno de los objetos significantes destilados por la perorata de Juanito; proceder que, empero, no consiguió más que empantanar la dialéctica en lodosas respuestas dado que, como cualquier analista de niños sabe, no se trata de forzar ansiosamente significaciones respecto de alguna plena asociación que, sin demanda, pudo haber surgido en determinado momento, dado que el efecto a conseguir bien podría ser depura oblatividad. Por ello, las “sesiones” del padre con su hijo terminaron por volverse cenagosas, al extremo de lo escatológico.

Ahora bien, hemos ganado el derecho de contentarnos de haber conseguido una correcta dilucidación del mecanismo fóbico al demostrar su viabilidad teórica a porfía de los hechos expuestos por la pluma de Freud. Sin embargo, restaría algún esfuerzo por terminar de esclarecer la operatoria de la castración en la estructura. Por tanto, ¿Podríamos consagrar algún empalme entre nuestro desarrollo conceptual y alguna ejemplificación que esclarezca la condición que el –fi demanda para adquirir consistencia operativa en la estructura? ¿Qué clase de evento inaugural, diverso del gravitado en el no (a), arroga comandancia en la constitución del –fi como operador estructural? Respondémos que, por fortuna, hallamos al menos

dos fragmentos que cumplimentarán con justicia nuestra ambición.

Podríamos considerar un primer caso en el comentario de la tal tía M, la cual sorprendió al niño con la exclamación: “¡Qué cosita más linda tiene!” (Freud, 1973, p. 1374), siendo esta lisonja del todo aceptada por el niño, el cual exultante la transmite a su madre como valiosa conquista. Sin embargo, debemos de reconocer que la amorosa apreciación de la pariente difícilmente exceda las lindes de la incantación que la imagen produce. Por consiguiente, dedicaremos nuestra atención a la segunda esquematización que hemos reservado y que nominaremos como la escena de la criada.

Se trata de la situación en que la mujer, empleada en la casa de la familia, mientras fregaba los pisos y toleraba al niño montándola y llamándola “mi caballo” (Freud, 1973, p. 1378), por su actitud ejemplifica perfectamente nuestra teorización respecto de la mentada negación inclusiva, es decir la interdicción que se contrapone a la fatal negación del deseo descripta.

Así, ante cierta prenda que Juanito pretende imponerle de quitarle “toda la ropa, hasta la camisa” (Ídem)-en idéntica postura que nuestro héroe respecto de sus institutrices-, la criada otorga al pueril investigador la siguiente respuesta: “Entonces creará la gente que no tengo dinero para comprarme ropa” (Ídem).

Apreciamos así que esta contestación de ninguna manera rechaza al deseo del niño-ni por sometimiento a su lasciva intención, ni por despreciar su iniciativa-, el cual, latente tras la indecente consigna, no solo resulta correctamente leído por la mujer sino a su vez consentido, sancionado por medio de un chiste, el cual, como es consabido, se encuentra en íntima corres-

pondencia con la llamada interpretación analítica a partir de la compartida habitación de la “agudeza” (Lacan, 2012, [1957-1958], p. 27).

Observamos entonces como la réplica de la criada condesciende a la emergencia de la palabra en el niño al responder éste con la verdad que soslayaba su lujuriosa intención, es decir, con su deseo: “Pero (al ser Juanito quién completa dialécticamente el dicho de la mujer, estableciendo así una proposición condicional, resultaría más pertinente que la frase comenzase con “Y”) será una vergüenza, porque se verá la cosita” (Ídem).

De este modo es como el niño, al sancionarse su decir consigue dialectizar la verdad de su deseo: la cosita, (des) anudada de su arcana guarida al ser alcanzada por la sintética simbolización de su acto de palabra, lográndose así columbrar cierta sustancia de -fi; es decir, de castración.

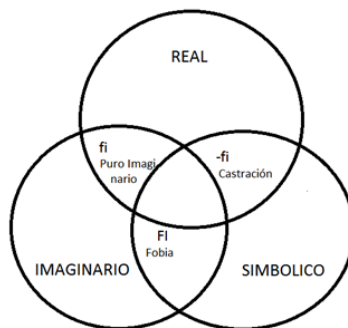
Hasta aquí, hemos alcanzado cierto saber respecto del corazón Puramente Imaginario de la fobia, distinto del significante fóbico cuya borromea edificación cumple la prerrogativa de proteger al sujeto de la angustia, aquerenciándolo como costo a una vida de evitaciones. Ahora bien, para que el conjunto de ideogramas aquí acuñados, y a su vez el ordenamiento que propone, inspire confianza en su eficacia conceptual, declararemos que su razón remite menos a una invención de nuestra industria que a la recuperación de algunas consignas olvidadas, que no obstante componen el patrimonio de la enseñanza de nuestros maestros. Observaremos así el siguiente fragmento: “estos tres términos: inhibición, síntoma y angustia, son entre ellos tan heterogéneos como mis términos de Real, de Simbólico y de Imaginario

(nótese la biyección entre angustia e Imaginario, justificando nuestra notación de la angustia frente a un Puro Imaginario), y que especialmente la angustia es eso: es lo que es evidente, es lo que del interior del cuerpo ex – siste cuando hay algo que lo despierta, que lo atormenta. Vean al pequeño Hans cuando resulta que se vuelve sensible a la asociación de un cuerpo, particularmente macho en este caso, definido como macho, la asociación a un cuerpo de un goce fálico (aquí es donde reconocemos al –fi) (...) al embarazo que tiene por ese falo y para el cual se inventa toda una serie de equivalencias diversamente pifantantes bajo la fobia que se dice del caballo: el pequeño Hans en su angustia, principio de la fobia, y es en este sentido que es al volvérsela, a esta angustia, si se puede decir, pura (e Imaginaria) que se llega a hacerlo acomodarse con este falo...” (Lacan, 1974-1975, p. 30.)

Así, de esta invaluable parrafada obtenemos texto para ensayar una gradación de las nociones con arreglo a los registros. Diremos entonces que la angustia no es nada distinto que la reacción, en el sentido de un afecto, al Puro Imaginario, el cual anotaremos, si se nos concede, como fi, el falo Imaginario, simplificando nuestro rebatimiento a las posibles objeciones que nuestra decisión teórica de desbanicar al fi de su función fantasmática pueda suscitar al ampararnos en el hecho que la verdadera operatoria Imaginaria, en el sentido de la ficción que consiste a la realidad, radicaría en Fi, esto es la imagen soldada al unario que la soporta, tal y cual indica la juntura entre Imaginario y Simbólico en el nudo borromeo, la cual corresponde al feudo del sentido.

Respecto del FI, hallamos en su sustancia el material de la fobia misma, como so-

lución metafórica a la no operatividad del goce fálico, entendido como –fi. De este modo obtenemos el siguiente esquema:



Ahora bien, a partir de la incursión en el caso Juanito hemos recolectado algunos frutos que bien tomaremos como incipientes evidencias de la conceptografía que aquí procuramos pugnar. Así, algo más esclarecida la tesitura estructural que al fóbico toca transitar en esta vida, continuaremos nuestras intelecciones de regreso al historial de nuestro héroe, el cual retomaremos en el fragmento que corresponde a cierta sesión que, en importancia, probablemente exceda al resto de las consultas incluidas en el caso clínico y sin cuyos auspicios difícilmente podamos significar el caso todo.

La sesión numerada como tercera por Freud comienza con la continuación de la narrativa del paciente respecto de sus tormentos. Así, luego de descubrir el hombre que el tal teniente A. no había pagado por él la suma adeudada, reconoce haber elaborado una especie de plan para, de todos modos, entregar a este oficial el dinero, pero esta vez instrumentándolo como un mediador que rindiera la suma al teniente B., supuesto acreedor. Cabe destacar que,

sin embargo, al presentarse la oportunidad de concretar su plan, “no lo hizo y dejó partir a A.” (Freud, 1973, p. 1448), probablemente al contrastar lo delirante de su ardid con la realidad, siempre prodiga en coherencias.

Ahora bien, lo que merece ser resaltado aquí es la emersión de cierto significante que, duplicado, gana protagonismo en las cavilaciones del desgraciado. Así: “Las ideas que en él pugnaban eran las siguientes: Por un lado, que si no acababa de decidirse a cumplir su juramento, era por pura cobardía, pues quería ahorrarse la molestia de pedir aquel servicio a A. y aparecer ante él como un perturbado. Y por otro, que la cobardía estaba precisamente en cumplir el juramento, ya que con ello se proponía tan solo libertarse de sus ideas obsesivas.” (Freud, 1973, p. 1449).

Diremos que el significante “cobarde” cumple entonces con una doble servidumbre. Claro, podráenos objetar que su desdoblamiento no es más que de forma, dado que ambas corrientes de la rumiación fácilmente se simplificarían por tratarse de metonímicos aspectos del carácter Imaginario del pensamiento fóbico; empero, replicaremos a ello que su repetición no resulta una homología, en tanto la duplicidad oficiará de guía en lo relativo al truísmo en juego. Comenzaremos por asertar que la valencia de esta palabra no puede resultar adventicia dado que, justamente, la cobardía reviste la principal insignia de quién fobia padece. De hecho, toda una vida de miserables fugas; de autenticación en situaciones sospechadas de anfitrión al objeto rehuido; de evasiones, defecciones consiguieron educar al fóbico respecto de su cobarde naturaleza: él sabe cuál es su esmalte heráldico.

Por lo tanto, diremos que la doble in-

cidencia de la “cobardía” adquiere solidez como detrito del (des) anudamiento significativo acontecido durante la sesión, ganando cuerpo como plena metáfora.

Tal y cual venimos aludiendo, el (des) anudamiento significativo, palmario de la correcta actividad de la dialéctica discursiva, no se indica más que como producto de la llamada “asociación libre”, la cual, como es sabido, desempeña su dinamismo inspirada por el ejercicio transferencial. De esta manera, obtenemos evidencia de cómo la labor Freudiana comienza a efectuar resultados analíticos. Por tanto, no sería muy forzado decir que, en este punto, lo que el paciente asocia consigue circundar aquello que concierne a la más íntima verdad de su síntoma.

Una muestra de la correcta actividad de Freud se refleja en la siguiente astucia: luego que el hombre declarara que, finalmente y auxiliado por su amigo, “impuso un giro de 3,80 coronas dirigido a las oficinas postales que habían recibido el paquete con los lentes.” (Freud, 1973, p. 1449), el analista nota que el paciente oferta un hilillo de donde poder tirar, como aurífera indicación del sendero por donde avanzar en su laberíntico discurso, dado que si “no había ya girado la pequeña suma al teniente A. ni tampoco al teniente B., sino directamente a la oficina de Correos, tenía que saber y haber sabido ya antes de su partida que *sólo a la empleada de Correos, y a nadie más, adeudaba* el importe del reembolso.” (Ídem).

Así, la indudable agudeza de Freud para “desentrañar las deformaciones” (Ídem) del relato del paciente consiguieron, acto seguido, una siguiente asociación en la cual el hombre recuerda que “horas antes de su encuentro con el capitán cruel había hablado con otro capitán, que le ha-

bía explicado el verdadero estado de las cosas” (Ídem), a saber, que la empleada de Correos había preguntado al capitán por él, añadiendo luego que “confiaba en la honorabilidad de aquel teniente desconocido y adelantaría el importe del reembolso.” (Ídem). De este modo, por la gracia de la intervención es como el laberinto despeja finalmente al arcano toro de Minos: una mujer que apuesta por él.

Ahora bien, la causa de la apuesta de la empleada de correos por nuestro héroe nos resulta del todo ignota. Bien podría tratarse de una mujer que, seducida por el uniforme, coordinó en su fantasía la figura de aquél “teniente desconocido” con su ideal erótico. En fin, esto no es más que una especulación; lo importante a retener es que la mujer corrió un riesgo por su deseo. Y allí es donde se encastra la presencia del *-fi*.

Como venimos profesando, el fóbico carece de una correcta composición del *-fi* que le permitiese su reconocimiento en el Otro sin por ello angustiarse. Diremos entonces que el síntoma fóbico no es más que la consecuencia vuelta símbolo de la pesquisa de aquello que, por carecer él de los instrumentos de su reconocimiento, evita reencontrar en angustia. Y aquí radica la total diferencia con el obsesivo, quién sí dispone de mejores condiciones respecto de la consolidación del *-fi* como operador de su estructura. Así, a aquella castración del Otro se limita a rechazarla a partir del mecanismo de la “demanda de muerte” (Lacan, 2012, [1957-1958], p. 504). Por ello, pretéritamente hemos recusado el considerar a la fobia como una placa giratoria común a todos los tipos clínicos: se trata de una estructura precisada por la ausencia de la herramienta de la castración y no como una condición evolutiva.

Así, cuando la mujer le hace llegar al paciente-no cabe duda que el comentario dicho al capitán deseaba hacerse resonar por él, no hace otra cosa que comunicarle su interés por la castración, procurando conseguir “lo que ocurre cuando en ese objeto hacia el cual tendemos la mano mediante nuestro propio deseo, y lo que, cuando nuestro deseo hace estallar su incendio, nos deja ver por un instante esa respuesta, esa otra mano que se tiende hacia nosotros como su deseo” (Lacan, 2011, [1960-1961], p. 207). Esto es, la combinación perfecta del deseo.

Sin embargo, al no contar nuestro héroe con la mentada capacidad fálica, la única operación posible resultó la represión de aquella castración encomendada al capitán-tampoco sería desatinado suponerle a éste cierta eficacia como celestino del deseo de la mujer-.

Ahora bien, hemos concursado a la represión; y si lo hicimos, será reconociendo su particularidad en la estructura en cuestión. Así, ante aquella epifanía de la castración Puramente Imaginaria, al resultar ésta desconectada del deseo-al contrario del resto de las neurosis, en que la conexión, amén de su rechazo, es efectiva-, es decir vacía de todo significado que remitiese a la castración Simbólica, esto es *-fi*, permanece como un paria, como una mera efracción Imaginaria que ganará sanción retroactivamente a partir de su retorno en alguna contingencia que replique el horror de su sustancia. De este modo, obtenemos la siguiente fórmula que describe el mecanismo de la fobia: lo que se reprime como *-fi*, en tanto Real, retornará como una imagen Real, es decir, como un Puro Imaginario.

De esta manera, tanto la rata esbozada por el capitán cruel como la cosa negra del caballo de Juanito no representan otra cosa que el regreso del deseo reprimido, del -fi no simbolizado, más esta vez anudado a una trama simbólica, sintomática, que es la fobia, como se aprecia en el siguiente esquema:

Anudamiento -----fobia

Desanudamiento ----- -fi

Ahora bien, diferenciado el mecanismo que vivifica a la estructura fóbica, daremos lugar a una próxima consideración que permitirá esclarecer aún más el tipo clínico.

Referimos al despertar transferencial. Amén de postreros desatinos Freudianos, es indudable que el valor del reciente fragmento nos ha sido legado por no otra virtud que el de los poderes transferenciales, imprescindibles afrodisíacos de la palabra plena.

Y no asertamos esto por la sola convicción de que la incipiente energía transferencial motivó aquél decir-algo embozado por la estratagema de conseguir un certificado que “movería al oficial a aceptar de él las 3,80 coronas.” (Freud, 1973, p. 1450)-que declaró su verdad entrelíneas respecto de la impostergable necesidad de librarse el sujeto de los tormentos que el defecto del -fi le ocasionaba con tal de librarse de las mujeres-el sentido arquitectónico de la fobia no obedece más que a esto; el escueto historial de conquistas del paciente apoya fácilmente esta intelección-sino también por el efecto visible en la sesión siguiente, el cual Freud transcribe de la siguiente manera: “”¿Cómo va usted a continuar hoy?

Me he decidido a contarle a usted algo que me parece muy importante y que me atormenta desde un principio”, respondió. Y comenzó a desarrollar, con minuciosa extensión, el historial clínico de su padre, muerto nueve años atrás a consecuencia de un enfisema.” (Freud, 1973, p. 1450).

Así, el paciente comienza a exhumar en sesión a un padre que, en simetría con el padre de Juanito, resultó extraordinariamente amoroso con su hijo; que preguntó por él en el mismo lecho de su muerte y que se asombró orgullosamente de nuestro héroe cuando éste, mientras era azotado por alguna travesura infantil, comenzó a insultarlo con los escasos elementos que su prematura verba le permitían, efectuando que dejara de pegarle y prodigara a su cría las más superlativas palabras que el joven haya recibido: “Este chico será un gran hombre o un gran criminal” (Freud, 1973, p. 1466).

Ahora bien, si nos significa la aparición del padre en el análisis, lo hace por motivos distintos a los que Freud asigna. Para él, la operatoria paterna en la conflictiva del paciente radica en la consabida enemistad que Freud asigna-obligadamente-al sujeto, en virtud de la influencia Edípica. De este modo: “La fuente de la cual extraía la hostilidad contra el padre su indestructibilidad se hallaba relacionada evidentemente, con deseos sensuales, para cuya satisfacción habría él de haber visto en algún modo en su padre un estorbo.” (Freud, 1973, p. 1454).

Por nuestra parte, no solo disintiremos de esta teorización, sino que propondremos una propia, diametralmente opuesta: es justamente la ausencia del legado paterno lo que estorba al fóbico en la concreción sensual.

Como hemos supradicho, al no establecer la madre del fóbico un lazo triangular entre el padre y el hijo, el padre solo encarna a aquél que lega “una especie de pacto, de derecho al falo” (Lacan, 2012, [1956-1957], p. 84), revistiendo esta heredad apenas el derecho a la neurosis a expensas de la metáfora fálica, FI, que su paternidad representa.

Hablamos aquí de “las insignias del padre” (Lacan, 2012, [1957-1958], p. 302) en tanto alienación sintomática cuyo basamento es la metáfora paterna, que no es otra cosa que la fobia en sí. Por eso, al decir de Lacan, “el objeto de la fobia juega el papel metafórico” (Lacan, 2012, [1956-1957], p. 401) “Al estar ese significante ahí en la medida en que corresponde metafóricamente al padre” (Lacan, 2012, [1956-1957], p. 403).

Diremos entonces que estas insignias paternas, producto de su metaforización, no resultaron suficientes como divisas para que nuestro héroe pueda entrar en transacciones con el sexo de su deseo, lo cual explica su conducta de evitación de la feminidad, es decir de la castración emblemada por el -fi. Obtenemos como ejemplo de este comportamiento el comentario de que “su vida sexual había sido muy limitada” (Freud, 1973, p. 1443), como la descripción de la clase de frigidez que lo ayuntaba a la “señora de sus pensamientos” (Freud, 1973, p. 1457). De esta mujer, diremos que su estatus dentro de los sentimientos de nuestro héroe no era otro que el del síntoma, siendo esta idealización el parapeto fóbico que velaba el -fi de su esencia. Así, la posición de nuestro hombre resulta idéntica a la de Palamón a propósito de su amor por Emilia, a quién Arcites recrimina: “No lo haré como tú, que la idolatras cual si fuera una diosa ce-

lestial y bendita. La amo como a una mujer, para gozarla” (Fletcher, John, Shakespeare, William, Los dos nobles parientes, 2007, p. 90.). Es decir, el llamado amor cortés como edificación fóbica que pone a resguardo al sujeto de la insaciable naturaleza deseante de la mujer en cuestión.

Y toda esta complicación no encuentra otro causal que aquello que reconocemos como una cabal incapacidad del fóbico de rivalizar con el padre, dado que la plena función del -fi es la condición de la rivalidad Edípica, dado que la ausencia del más mínimo encuadre de la sexualidad por la castración vuelve al padre castrado, es decir deseante, una Pura Imagen de angustia, potenciando que el fóbico huya del combate en tanto supone de antemano que la batalla está perdida. Hela ahí su cobardía.

Diremos respecto del caso clínico que la presencia del padre en el análisis, además de cumplir con la máxima Lacaniana de que se debe empezar por el análisis del padre para poder internarse analíticamente en la intrincada espesura del Otro materno, representa entonces un intento del sujeto de acercarse a esa falta negada: el deseo, el -fi de la castración.

Para concluir, notaremos una propiedad más en el caso de nuestro héroe, siendo la ésta arquetípica de la estructura misma, como desprendimiento-presumiblemente, por identificación-del referido desprecio materno por el deseo. Se trata de su propia negación absoluta, es decir su no(a) por los deseos de sus Otriedades.

Un ejemplo lo obtenemos del sueño que tuvo respecto de la hija de Freud, en el cual sueña que “Ve a mi hija ante sí, pero en vez de ojos tiene dos pellas de estiércol.” (Freud, 1973, p. 1463). Hallamos encerra-

do en este fragmento una buena muestra del rechazo, en tanto ¿Qué mejor reservorio del –Fi que la mirada de una mujer?

Sin embargo, esta desagradable actitud resulta incluso pintoresca comparada a la retratada por aquél otro versículo, en que nuestra víctima se vuelve un victimario de las consecuencias desastrosas de su (dis) capacidad. Referimos con esto a la situación en que a “una muchacha mayor que él y de intensas necesidades sexuales, que en una ocasión le había hecho claramente la corte, llegando incluso a preguntarle si no la podía querer un poco” (Freud, 1973, p. 1479) el sujeto le “había respondido negativamente” (Ídem), enterándose luego que pocos días luego, “aquella muchacha se había tirado por un balcón” (Ídem).

Aquí, hallamos el rasgo que corona la gravedad del caso clínico y, por ende, de la estructura. Porque, haciendo a un lado los padecimientos que el sujeto sufre, debemos contar los padecimientos que esta clase de individuos pueden ocasionar. Su llamada (dis) capacidad, su absoluta desconsideración del deseo transforma a estos hijos del desprecio en engendros capaces de las actitudes más crueles y desalmadas, siempre en nombre de la heráldica del rechazo de su propio deseo. Por ello, no conviene retener solamente la simpática figura del individuo en la acción de apartar y colocar la piedra del camino de su amada como antonomasia didáctica del caso. Éste también nos enseña de sus mortíferos efectos.

Ahora bien, desgraciadamente, a diferencia de otros historiales, Freud no obsequia en esta obra mayores precisiones respecto de la dialéctica transferencial con el paciente, relegándonos a pesquisar los

efectos de su arte en los pequeños detalles que supimos coaptar. Como si, en la redacción del caso clínico, Freud estuviese más interesado en radiografiar los fantasmas de una estructura que en dar cuenta del trabajo analítico.

Sin embargo, al final de este historial, en una nota, Freud revela que “El paciente, al cual en el análisis que antecede devolvió su salud psíquica murió luego en la guerra europea, como tantos otros hombres jóvenes de futuro prometedor.” (Freud, 1973, p. 1447, nota 877)

Aquello nos permite especular si aquel hombre, finalmente encontrado en la primera línea de batalla, hubo conseguido alguna virtud de pertrecho en el análisis con Freud y alcanzado la gloria un acto que no entendía de cobardías y que hubo demandado solamente la disposición de su más preciada pertenencia: la vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. [1905-1915] [1917 (2007) Obras completas. Colchester, Inglaterra: Editorial Biblioteca Nueva.
- Lacan, J. [1994] (2012) *La Relación de Objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. [1998] (2012) *Las Formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. *El deseo y su interpretación*. Nueva versión íntegra.
- Lacan, J. [1991] (2011) *La Transferencia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. *El Acto Psicoanalítico*. Nueva versión íntegra.

Lacan, J. [2006] (2013) De un Otro al otro. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Lacan, J. «Les Non-Dupes Errent» ó «Les Noms Du Pere». Nueva versión íntegra.

Lacan, J. “R.S.I”. Nueva versión íntegra.

LIC. ALEJANDRO E. ANTAGLI.

Psicoanalista. Psicólogo por la Universidad de Buenos Aires. Ex personal en Servicio de Salud Mental Hospital Luisa C. de Gandulfo y Hospital Juan Mársico.

Práctica en consultorio privado. Miembro de Escuela Freudiana de la Argentina (A.P.). Autor de *Estudios sobre la histeria*, Letra Viva (2023)